

XIX

El hotel que yo habitaba, Hotel de los Príncipes, creo que se encontraba á bastante distancia de la ciudad y del paseo de los Ingleses, pero hacia frente al mar tenía vistas admirables.

Para el que, como yo, estaba cansado de un rápido viaje, tenía aquel lugar una ventaja: la tranquilidad era completa.

Una aristocrática gran señora rusa, demasiado enferma para desear evitar todo bullicio, ocupaba el primer piso.

En el segundo aparecían, de vez en cuando, algunos ingleses de la buena sociedad, y yo compartía el tercero, reservado, sin duda, á Francia, con uno de mis compatriotas.

Era este hombre de unos cuarenta años, alto, delgado, simpático á primera vista, y de porte distinguido.

Al día siguiente de mi instalación en el hotel, la casualidad me hizo ver á mi vecino en la mesa, durante la comida: cambiamos los saludos y hablamos de nuestros viajes.

Como yo, llegaba de Italia, solamente que se había pa-

sado en ella dos años y antes había recorrido Alemania y gran parte de Rusia.

Su conversación era por demás interesante; había visto todo y todo lo había estudiado. Hablaba de los soberanos extranjeros como si hubiera estado agregado á su corte y, poco después, describía las costumbres de la gente del pueblo del Cáucaso, como si hubiese vivido entre ellos durante mucho tiempo y gozando de su intimidad; tal era la exactitud y colorido de su relato.

A propósito de costumbres, me acuerdo de una discusión que se entabló entre nosotros, después de nuestra segunda conversación, y cuando terminada la comida fumábamos un cigarrillo ante la puerta del hotel y paseando por las Ponchettes.

—De todos los pueblos que he tenido ocasión de estudiar—decía mi compañero—el francés es el que tiene, seguramente, las costumbres más disolutas.

Como esto me extrañase, continuó:

—Os aseguro que sólo en nuestro país se deja uno llevar, por la imaginación, á ciertos delirios y aberraciones. En Alemania, por ejemplo, nuestros refinamientos de corrupción son casi desconocidos.

—Convengo en que en Francia, y entre la gente del pueblo, de las ciudades ó de los campos, las costumbres dejan mucho que desear, pero en la alta sociedad y en la burguesía...

—He ahí vuestra equivocación—dijo interrumpiéndome.—El traje negro y el vestido de seda tienen en nuestro país, hasta cierto punto, el privilegio de la depravación, y se explica. No son los sentidos los que intervienen, sino la imaginación. El lujo, la ociosidad, el delirio, la sobreexcitación llevan á toda clase de aberraciones. El hombre del pueblo, labrador ú obrero, no tiene tiempo de soñar, y si lo tuviera, su cerebro no se prestaría á ello. Son muy materiales para ser corrompidos; demasiado ingenuamente sensuales para ser disolutos. Están bien de salud, gracias

al aire que respiran, á los trabajos manuales, á los cuales se dedican, y la corrupción es, en general, la consecuencia de alguna debilidad enfermiza. Se llega á ser disoluto como á ser goloso, por la falta de apetito. Este tiene el recurso de usar las especias para poder comer, y aquél perfecciona el amor para poder amar.

Mi compañero se extendió mucho sobre esta materia, de la que se ocupó durante largo rato, y yo lo escuché con atención.

A menudo os he dicho, querido amigo, en el curso de este relato, y ya os habréis convencido que, á pesar de mis treinta años, yo era un inocente, un puro, si la política no hubiera prostituido este último calificativo.

Mi primera juventud, vigilada por una madre de las más rigoristas, además de los trabajos á que yo me dedicaba, tuvo ciertas disposiciones pudibundas que me habían apartado de los camaradas perjudiciales y de fáciles placeres, y esto os explicará claramente esta pureza relativa de mi espíritu.

Mi imaginación no había viajado jamás fuera de ciertos límites, y apenas si llegaba á comprender, y podía franquearlos á pesar de la experiencia que mi interlocutor ponía á mi servicio.

Este hablaba, es verdad, con medias palabras, y éstas estaban llenas de delicadas reticencias.

XIX

Durante muchos días, hablamos de este modo de distintos asuntos que yo conocía mejor, y los traté de modo que llegaron á interesar á mi vecino de cuarto.

No nos separábamos apenas: á las diez, hora del almuerzo, nos reuníamos; salíamos enseguida á dar un paseo por el camino de Villefranche: cerca de las tres, nos encontrábamos para oír la música, en la especie de *square*, donde la sociedad nicense se daba cita; la comida nos volvía á juntar, y por las tardes en el círculo de Extranjeros, en la sala de lectura ó en la de juego.

A pesar de esta especie de intimidad, ¿lo creeréis? ignoraba aún el nombre de mi compañero.

Muchas veces, oí al dueño del hotel, al jefe de comedor ó á los camareros, que le llamaban señor conde; pero, con esta despreocupación de los viajeros que saben las relaciones más íntimas, no duran nada, me olvidé de preguntar el nombre que seguía al título.

Una mañana, supe de pronto quien era aquel señor, y os explicaréis fácilmente cuán grande fué mi sorpresa.

Me había levantado con la presuntuosa idea de que el correo me traería noticias de Paula.

Llegó la hora de la distribución de cartas, y como no veía que nadie me subiese la mía, creí que estaría depositada en el buzón de cristal destinado á la correspondencia de viajeros, y bajé al despacho del hotel.

Como era natural, y de esperar, no encontré carta alguna de mi mujer, y estaba á punto de reprocharme mi inocencia, cuando ví un gran sobre, en el cual leí esta inscripción:

«Señor Conde de Blangy.

Hotel de los Príncipes.

Niza.»

Aquel apellido de Blangy, que era el de la mejor amiga de mi mujer, no podía por menos de llamarme la atención: al mismo tiempo en mi imaginación establecí cierta relación entre el título de «Señor Conde», que veía inscrito en el sobre de la carta, y el dado por la gente del hotel á mi vecino de cuarto.

¿Se apellidará de Blangy? me dije. Pronto supe á que atenerme.

Pocos momentos después el dueño del hotel cogía delante de mí aquella carta y la entregó á un camarero para que la subiera al cuarto número 27.

Esta era precisamente la habitación ocupada por mi vecino.

Le pregunté entonces, como podréis suponer, si aquel señor de Blangy, sería pariente de la condesa.

La ortografía de los apellidos, en un todo igual, sus títulos, también ambos iguales, y diversos detalles que vinieron á mi imaginación, así como las costumbres y carácter de mi compañero, llegaron á iluminarme.

Según todas las probabilidades, yo había hecho amistad, sin duda alguna, en Niza, con el marido de la amiga de Paula.

¿No se decía entre la buena sociedad que ya hacía tres años que viajaba por el extranjero, y mi amigo infinidad de veces me había confesado que tendría inmenso placer en volver á Francia después de este tiempo que de allí faltaba?

Como hablaba muy raramente de él, no estaba obligado á decirme «cuando yo pertenecía á la diplomacia» y yo sabía que poco tiempo después de su casamiento, el conde había enviado su dimisión al ministro de Negocios Extranjeros.

Además, su manera de hablar de las mujeres y el poco respeto que éstas parecía inspirarle, probaban su identidad.

Era el lenguaje suyo propio del hombre que, por ligereza, ó por cambiar de amor, se había portado mal con la pobre señora de Blangy y la había convertido en una viuda al poquísimo tiempo de casarse.

Estaba visto que no había tenido buena mano para hallar la primera amistad tratada durante su viaje.

Tardé poco, empero, en decirme que la conducta del conde para con su mujer, no era cosa que debiese interesarme.

XX

La casualidad me había dado un compañero muy agradable, de lo cual debía alegrarme, aprovechando mi descubrimiento y las simpatías, que ya existían entre nosotros, para estrechar nuestras relaciones.

—Dentro de una hora escasa,—pensé paseándome delante del hotel,—nos reuniremos para el almuerzo, y me apresuraré á decir con la mayor amabilidad á mi vecino de mesa:

Si mi buena estrella no me hubiese hecho encontraros en Niza, este invierno seguramente, le hubiera conocido en Paris, porque vuestra esposa y la mía, son amigas íntimas.

Dos veces me repetí esta amable frase, y estudié el modo de decirla con galanura, redondeándola y pulimentándola; pero de pronto me di una palmada en la frente, exclamando:

—¡Esa idea es absurda! ¿Crees que será agradable al señor de Blagny, oír hablar de su mujer? La abandonó, se separó de ella y vas á recordarle su conducta. Si quiere

olvidarse de que está casado, ¿con qué derecho vas á recordárselo?

Sí, el buen gusto me manda á callar; las más simples conveniencias me lo ordenaban. Pero hacía más de tres meses que no había hablado de Paula con alma viviente, ni pronunciado una sola vez su nombre, y se me presentaba una ocasión excelente para ocuparme algunos instantes de la que pensaba en mi corazón, y yo estaba demasiado enamorado para no ceder á la tentación, á pesar de lo que aconsejaban todas las conveniencias sociales.

Resistí dos días, sin embargo, creo resistiera más tiempo aún, si hubiese recibido carta de Paula, y podídola contestar entreteniéndome y pasando así el tiempo sostener esa correspondencia. De este modo sí que hubiera tenido fuerzas y valor para no hablar de ella con nadie.

Pero nada, ni una carta, ni una palabra; un silencio completo y un mutismo absoluto. Entonces, amigo mío, fui indiscreto y ridículo; como veréis, pues, voy á explicároslo.

El señor de Blangy y yo, salíamos del círculo de los Extranjeros y entrábamos en el hotel para comer, cuando, después de preguntarme de que manera entablaría la conversación que me traía obsesionado, me decidí bruscamente á decirle:

—Hace un momento, mientras estábais leyendo los periódicos, me entretuve mirando el registro donde se inscriben los nombres de los miembros del círculo, y me llamó la atención un nombre.

—¿Cuál?

—El del señor conde de Blangy. ¿Está el conde en Niza?

Miróme el conde con asombro, y me dijo:

—¿Qué! ¿No lo sabiais?

—No, señor. Conozco mucho de nombre al señor de Blangy, pero jamás me he encontrado con él.

—¿Estáis seguro?—me replicó sonriendo mi interlocutor, ni sospechar lo que le esperaba.

—¡Y tan cierto!

—Pues, permitidme que os diga que osequivocáia; aún no se separa de vuestro lado desde hace una semana, y de ello se felicita sinceramente.

Y como para ser fiel á mi situación, continué demostrando mi sorpresa.

*
*
*

El conde añadió:

—Yo soy el conde de Blangy; creí que lo sabíais.

—Ni me lo figuraba siquiera; y no sabía más sino que mi buena estrella me había deparado la suerte de conocer á un hombre de la buena sociedad, persona de talento, y esto me satisfizo, por lo que no traté de averiguar su nombre.

—Hicimos mal los dos en no presentarnos el uno al otro, pero podemos reparar la falta.

Y nos detuvimos en la acera.

—Tengo el honor,—continuó con mucha gracia,—de presentaros al señor de Blangy.

Yo también me presenté. Mi nombre, que la casualidad había hecho que lo conociese ya, no despertó ningún recuerdo en él.

Era natural; en la época de mi casamiento, habla el

conde abandonado ya á su mujer y no tenía relación alguna con ella.

Emprendimos de nuevo la marcha, y el conde me dijo:

—Hace poco me digísteis que me conocíais de nombre.

¿Cómo es eso?

Esperaba semejante pregunta, porque era lo más natural del mundo, y yo fui quien lo había provocado.

Me turbé, sin embargo, porque comprendí que iba á cometer un disparate; pero ya había avanzado mucho, para poder retroceder decorosamente.

—He oído con mucha frecuencia á mi esposa hablar de vos, conde.

Me pareció más delicado hablar de mi mujer que de la suya.

—¡Ah! ¿Con qué me conoce su señora?

—Tuvo ocasión de veros muchísimas veces en varias reuniones y bailes, antes de casarse conmigo.

—Es muy posible. ¿Y cuál era su nombre de soltera?

—Paula Giraud.

Apenas hube pronunciado este nombre, ví palidecer al conde, que experimentó una violenta conmoción.

Se repuso, no obstante, en el acto, y sin darme tiempo para responderle, me dijo con marcada frialdad:

—¡Ah! ¿Con qué os casásteis con la señorita Paula Giraud? En efecto, la he visto muchas veces en la buena sociedad; era una joven muy linda y excelente persona.

Opinaba como él; creía que esta era la verdad, y no tuve nada que contestarle.

Seguimos andando algún tiempo sin decirnos nada.

El señor de Blangy, se detuvo de pronto, pareció hacer un violento esfuerzo para dominarse, y me preguntó:

—¿Continúa como antes su esposa visitando á la mía?

—Sin duda: son amigas íntimas é inseparables,—respondí.

Lanzóme una mirada, de la cual me acordaré toda la

vida: hubiérase dicho que quería escudriñar mis pensamientos, leer lo que pasaba en el fondo de mi alma.

Después volvió la cabeza, y como acabábamos de llegar al hotel, me dejó bruscamente, sin decirme una palabra, cogió la llave de su cuarto y desapareció.

Una hora más tarde los huéspedes se sentaban á la mesa redonda.

El conde no se presentó en el comedor.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO" 1917
Año. 1923 MONTENEGRO, MEXICO

XXI

Al día siguiente, no le vi por la mañana ni por la tarde. A los dos días, nos encontramos en el paseo de los Ingleses; en vez de reunirse conmigo como acostumbraba á hacerlo, se limitó á saludarme con el sombrero.

Aquél ceremonioso saludo, no me dejó satisfecho. Yo tenía el derecho de querellarme y pedí explicaciones de aquel cambio tan brusco de modales.

Entre gentes de buena sociedad, el pasado compromete para el porvenir y un saludo con el sombrero no reemplaza á un apretón de manos, dado el día anterior.

Yo había desmerecido á los ojos del conde de Blangy, debía darme la razon y yo estaba en el derecho de preguntarle el por qué de su conducta.

Era evidente que yo le había disgustado, hablándole de su mujer; pero su reserva para conmigo reserva que, dadas nuestras antiguas relaciones, era rayana de la impertinencia, considerábala yo demasiado castigo á mi indiscreción.

Y, por último, me chocó sobremanera, el tono con que había pronunciado aquellas palabras:

—¡Ahl! ¿Con qué os casasteis con la señorita Paula Giraud?—No era una exclamación que se le había escapado.

Me parecía haber adivinado en su acento algo así como ironía y estupor.

¿Existía algún secreto entre mi mujer y el conde?

¿Había acaso algún misterio que yo no había podido descubrir?

Paula se había conducido conmigo, de una manera extraña colocándome en situación tan falsa, que me daba el derecho de permitir suponerlo y temerlo todo.

No tardé en tomar una decisión: vería al conde lo más pronto posible, y tendré con él una franca explicación.

Nos habíamos cruzado, como dejo dicho, en el paseo de los Ingleses, sin cambiar una sola palabra. Después de haber dado algunos pasos y tomar la resolución que acabo de deciros, volví atrás.

El señor conde Blangy, parecía dirigirse hacia el hotel de los Príncipes, por el camino de la orilla de la playa, á lo largo de los Ponchettes y le seguí desde lejos.

Cuando hubo entrado en el hotel, dejéle tiempo de recibir en su habitación y después aluví yo y llamé á la puerta.

—Adelante—dijo.

La llave estaba puesta: abrí.

—¡Ahl! ¿sois vos?—díjome el conde sin poder ocultar un movimiento de sorpresa.

—Sí sí: yo soy—respondí—siento mucho turbar vuestro reposo, pero es preciso que hablemos un momento.

No bajáis á comer ahora y parece que buscáis la manera de pasearos solo; por esto cometí la indiscreción de llamar á su puerta.

—Estoy á vuestras órdenes; pero hacedme el obsequio de tomar asiento.

Me ofreció un sillón: sentóse frente á mí y esperó á que le explicase el objeto de mi visita.

—Señor—conde dije con voz que intante apareciera firme y perenne pero que no debía ser así, pues estaba muy conmovido, me felicitaba de las buenas relaciones que existían entre ambos desde que nos encontramos en este hotel, y de repente todo ha cesado. Las causas que han podido influir para haceros pasar bruscamente de una amabilidad exquisita, alguna reserva, tan grande fuego, francamente á preguntarse la razón de semejante conducta?

—La reserva á la cual aludís caballero,—respondió el conde,—en nada os atañe. Yo os agradecería que la atribuyeseis á las graves preocupaciones que me asaltaron en los momentos presentes.

—Si se tratase solamente—repliqué—de cicatrizar una herida hecha á mi amor propio, podría contestarme con esa respuesta; es de las más dignas y aceptables y así lo debo reconocer; pero mi amor propio no está interesado en esto. Permittedme que refresque sus recuerdos. Hemos pasado gran parte del día juntos, hablando amigablemente y después de esto nos presentamos mutuamente el uno al otro, á fin de ingertar de algún modo nuestra naciente amistad cuando ocurrió que pronunció el nombre que de soltera, llevaba mi esposa, mi mujer: enseguida, vuestra voz, vuestra mirada, vuestros modales, se han, por decirlo así, metamorfoseado; delante del hotel, os separasteis de mí con una brusquedad á que no me teníais acostumbrado. Después no me digisteis la palabra. ¿Queréis ponerlos en mi lugar? ¿No diríais, en ese caso, que evidentemente existe algún misterio ó secreto, que no importa conocer?

—No hay señor mio ningún misterio, ni secreto.

—¿Me dais vuestra palabra?—le pregunté.

—Pero...

—¿Vaciláis?

—¿Esto me basta. No me habré equivocado.

El conde de Blangy quiso protestar contra mi manera un poco difícil de interpretar, pero yo no le dejé tiempo.

—¿Teneis algún inconveniente—añadí,—en que satisfacer esta curiosidad muy legítima y en ayudarme á descubrir el misterio en cuestión?

—¡Caballero!—dijo el conde levantándose—os repito, que no hay ningún misterio.

—Tened presente interrumpí, insistiendo que vengo á veros con objeto de pedir os una explicación de las más pacíficas y corteses. En este momento, es una súplica que le hago, no otra cosa, y para que accedais apelo á nuestra amistad al recuerdo de las agradables conversaciones, que juntos hemos sostenido y á las simpatías que mutuamente nos hemos inspirado.

*
*
*

El conde parecía hallarse muy conmovido. Vaciló un instante. Creí que iba á ceder á mis instancias.

De pronto exclamó:

—Nada tengo que decir.

—¿Es esa, vuestra última palabra?

—Sí, sí; la última palabra.

—Hacéis muy mal, señor,—díjole con firmeza.

Levantó la cabeza con altanería y preguntó:

—¿Por qué?

—¡Oh!—dije—porque me hallo en una de esas situaciones en que nada importa, en las que no hay que guardar

ningún miramiento que nada detiene y se encuentra como dispuesto á todo.

Me miró con un aire más compasivo que irritado y acercándose á mí, exclamó:

—Tened cuidado, me replicó,—me asegurasteis que veniais con pacíficas intenciones y desde hace un instante vuestras palabras y vuestro tono, son algo amenazadores.

—No amenazo. Ruego, con alguna vivacidad y animación á un hombre honrado, para que dé explicaciones á otro hombre que se tiene por tal. Por culpa vuestra señor conde, porque esta escena no se hubiese desarrollado á haber sabido dominaros más, ocultándome vuestras impresiones; por vuestra culpa, repito, me encuentro sobre las huellas de un secreto que busco desde hace mucho tiempo. quiero, en fin, conocer ese secreto.

*
*
*

En vez de darse por aludido con aquello que pudiese ser ofensivo para él en mis palabras, el conde se limitó á decirme:

—¡Ah! ¿hace tiempo que tratáis de descubrir un secreto?

—Si—exclamé perdiendo por completo la cabeza,—un secreto del cual depende mi felicidad. Mi vida se gasta en buscarlo y soy el más desgraciado de los hombres. Y vos, que podríais, con una palabra, calmar mis sufrimientos,

si, todo me lo hace suponer desde que entré aquí, diciéndome todo. ¡Ah! Eso está mal, muy mal hecho, os lo repito; tratar como á un enemigo, al hombre que está sumido, como yo, en la desesperación, y no tiene apego á la vida, porque es una carga para él...

¿Y la expondría, voluntariamente en un duelo?

—¡Oh! Sí.

Se acercó el conde á mi y exclamó:

—¿De manera que nos batiríamos los dos por culpa de vuestra esposa, verdad?

—¡Mi esposa!

—Sin duda,—replicó animándose á la vez,—si sois desgraciado, si no teneis apego á la vida, ¿no es por culpa de ella? ¿Creéis que no lo he adivinado? Pues bien si os casasteis con la señorita Paula Giraud, yo me casé con su amiga. Si desde hace tres meses viajáis separado de vuestra esposa, yo viajo, hace ya muchos años, apartado de la mía.

Callóse un momento, después, al parecer, reflexionó y dijo con voz más tranquila:

—El paso que disteis, la sinceridad que leo en vuestros ojos, las semiconfidencias que se os han escapado, la confesión de vuestras penas, son para mí, otras tantas pruebas de que me encuentro ante una persona digna. Pude dudar en el primer momento, mas adelante os diré por qué, pero mientras os suplico que aceptéis mis más sinceras excusas.

Incliné la cabeza sin articular palabra y el conde continuó:

—Debo yo, según pretendéis, conocer un secreto que os interesa, sea, estamos conformes. Pero mi conciencia me prohibía comunicároslo, sino fuera, en cierto modo, provocado por vos. Hacéis ahora mismo alusión á los infortunios que experimentáis y me importa conocer su índole. No tendrán, puede ser, ninguna relación con el secreto á que aludís, y entonces, os lo advierto, lo guar-

daré; ni vuestros ruegos ni vuestras amenazas, entendedlo bien, me conmovrán. Si, al contrario, el revelároslo, puede llevar consuelo á vuestras penas, con una advertencia ó un consejo, os doy mi palabra que me explicaré franca y sinceramente. Soy yo el que las espera, si me creéis digno de ello vuestras confidencias. Vuestros secretos á cambio de los míos, si cabe, os lo repito, que os sean útiles los que pueda daros. He aquí mi *ultimatum*.

*
**

¿Puesta la cuestión en este terreno, podía ya vacilar? ¿La que pretendía conocer por completo mis intimidades, no era la mejor amiga de mi mujer? ¿No era la confidente de sus más íntimos pensamientos? La señora Blangy puede que no fuese la sola conocedora de los motivos de la extraña conducta de mi mujer; el conde también podía haberlos adivinado. ¿Antes de separarse de su mujer, no había recibido en su casa y vista la intimidad de su mujer con la señorita Giraud? ¿Qué extraño tendría que estuviese el conde al corriente de ciertas intimidades? La casualidad me ponía en presencia de la única persona que podía hacérmelas saber, y retenido por una falsa vergüenza, por una delicadeza exagerada, ¿me opondría yo á confidencias útiles, y solicitadas por mi en cierto modo?

No; hablé. Hablé como os hablo á vos, mi querido amigo, con entera sinceridad Contéle *pé á pá* las tristes peripecias de mi campaña amorosa, sin ocultarle detalle alguno.

Escuchóme grave y recogido; se hubiera podido creer que mi historia era la suya, que mis aventuras le tocaban, tanto parecían interesarle.

—¡Sí; eso es! ¡Lo veo claro! Siempre lo mismo... tales fueron las exclamaciones que á cada vez interrumpían mi relato.

Dejéle con la curiosidad y los celos, me habían impedido al seguimiento de mi mujer por la calle Laffitte, todo en fin hasta tropezar con...

—Señora de Blangy—gritó el conde.

—¡Cómo!—grité á mi vez.—¿Qué adivináis?

—¡Algo ó todo! Lo que me sorprende, es que mostréis tal extrañeza... ¡Como! Visitasteis aquella casita de la calle de Laffitte;—¿y aún tenéis dudas?

—Pero, ¿es que jamás pudo ocurrirséme que aquellas mujeres pudiesen alquilar una habitación por el solo gusto de verse!

Arrugó el conde el entrecejo y miróme.

Me confesó más tarde que, en aquel momento, tuvo intención de burlarse de mí. Mi honradez, el aire inocente de mi fisonomía, le detuvieron.

—Continuad—me dijo.

—Nada interesante puedo relataros yo; la señora de Blangy me hizo entrar en su casa; Paula nos siguió, y las dos explicáronme, como, á consecuencia de mi prohibición á su amistad, reunieron para verse, al extremo de alquilar un cuarto, que era aquel.

—¡Y vos,—esclamó el conde—no protestasteis!

—¡Dios mío!—respondíle.—Efectivamente mi mujer faltaba á mis órdenes; pero tened presente, que hacía tres días suponíala culpable de un delito más grave que la desobediencia. Reflexionad, amigo mío; creí encontrar un rival, y tuve la fortuna de tropezar con una encantadora y aristocrática dama.

El señor de Blangy, avanzó hácia mí.

—¿Habláis seriamente?—díjome.

—¿Lo dudáis?

—¿Os felicitáis de haber encontrado á vuestra mujer con la mía en la calle Laffitte?

—No me felicité: lo preferí á lo que esperaba.

—¡Pues bien, caballero—exclamó el conde—no estamos conformes; yo hubiera preferido un hombre! ¡Me hubiera vengado!

—¡Buena es la venganza!—replique—¡Cuanto he deseado ejercerla! Pero es más agradable poder decir: ¡Me creía engañado... y no lo soy!

Estas palabras fueron una revelación para el señor de Blangy, que creyó ya en mi perfecto candor.